





LA ENSEÑANZA  
A EXAMEN



Antonio N. Sánchez Mayorga

LA ENSEÑANZA  
A EXAMEN



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio N. Sánchez Mayorga

ISBN: 978-84-18366-12-3

ISBN digital: 978-84-18366-13-0

Depósito legal: M-12741-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Antonia,  
el ánimo de estas letras*



# ÍNDICE

1. INAUGURACIONES.....	11
2. COMIENZOS DEL CURSO.....	23
3. PRESENTE Y PASADO COLEGIAL.....	35
4. MAPA DE LA ENSEÑANZA.....	53
5. ACCIONES MAGISTRALES.....	65
6. CLASES DE ALUMNADO.....	75
7. PREOCUPACIONES DEL ESTUDIANTE.....	87
8. APRENDIENDO DESDE LA DISCAPACIDAD.....	101
9. CONVIVENCIA.....	109
10. MALTRATO ESCOLAR.....	121
11. EDUCAR PARA UNA EMERGENCIA.....	135
12. FAMILIAS.....	147
13. TRABAJO DOCENTE.....	167
14. ACTIVIDADES EXTRAESCOLARES.....	189
15. LA TRIBU TAMBIÉN ENSEÑA.....	205
AGRADECIMIENTOS.....	227



# 1

## INAUGURACIONES

En el año 2000 el curso se inauguraba, simbólicamente, con la imagen televisiva de la infanta Elena llevando a su primogénito al jardín de infancia. El mensaje de la realeza era claro: todos deberían llevar a sus pequeñines a una escuela infantil para que se relacionen y aprendan desde tan tierna edad. A partir del año y medio, y en jornada reducida, es una buena edad de inicio escolar según los pediatras. Antes de ese momento, es posible que pasen más tiempo en el médico que en la escuela, donde no solo se comparten las primeras experiencias, sino también los primeros virus y bacterias. Pero aparte de esta cuestión, la principal es si existen centros al alcance de todos los padres, aunque no sean de la misma categoría como era el de la infanta. El incremento de la población infantil —sin ser espectacular— había generado una demanda de plazas imposible de atender, en muchos casos por la escasez de guarderías públicas y puestos escolares de educación infantil. Se calculaba que en Madrid faltaban unas 22.000 plazas para niños de cero a tres años, en Andalucía casi 12.000 familias buscaban sitio en un centro de Educación Infantil público y en Cataluña eran 30.000 las plazas que habrían de crearse en guarderías públicas para atender las necesidades surgidas en este siglo XXI. En el resto del Estado la situación era similar. Mientras tanto, bastantes clases de preescolar estaban saturadas, como ahora, o se utilizaban aulas prefabricadas, como ocurre en algunos lugares todavía. La

solución para muchas madres y padres trabajadores era y son las guarderías privadas, pero no todos pueden permitírselo como sí puede hacerlo la familia real. Al final, en muchos casos, son las sufridas abuelas y abuelos los que tienen que encargarse del cuidado y enseñanza de los niños más pequeños. Cuando no es ir a llevarlos o recogerlos de la escuela infantil, es quedarse con ellos casi todo el día hasta que vienen a buscarlos sus atareados padres.

Y en todo ese tiempo uno puede imaginarse la cantidad de aprendizaje que transmiten: desde los primeros sonidos y palabras hasta diferentes ejercicios físicos, como empezar a caminar, pasando por importantes pautas de comportamiento para su vida futura. Nuestros mayores, también en este capítulo, nos dan todo un ejemplo de amor y dedicación sin esperar nada a cambio.

Doña Elena también daba otro ejemplo al país en aquel primer día de colegio para su hijo pequeño. Dejó a Felipe Juan Froilán con su maestra y se fue a dar a luz a Victoria Federica. Así se animaba y procuraba el aumento de la natalidad nacional. Vaya para ella mi agradecimiento por haber publicitado la noble acción, tan benéfica para los educadores y pensionistas del presente y futuro. Porque si no hay niños, se acabó la «materia prima» para el trabajo de maestros y enseñantes en general. Casi veinte años después, en bastantes centros públicos, los alumnos de primaria y secundaria no llegan en la misma cantidad de antes por una de estas tres razones o por las tres a la vez: o no nacen los suficientes, o bien se quedan en los colegios privados y concertados, o se reparten malamente sin acomodar las ratios a las circunstancias y necesidades actuales. Menos mal que se observa otro nuevo repunte de la natalidad nacional gracias a los hijos de la inmigración, que son quienes están corrigiendo nuestro déficit de escolares. Sus madres traen al mundo en torno al 15% de los niños nacidos en España.

Por otro lado, su alteza real don Felipe inauguraba oficialmente aquel año y siglo académico en uno de los centros españoles más modernos: el Instituto Juan Carlos I (Murcia). Imposible encon-

trar mejor nombre y lugar para la visita del heredero a la Corona, hoy ya rey de España. También un histórico colegio de primaria, construido a principios del siglo xx, gozó de su elegante presencia y sus bellas palabras... Sin embargo, algunos piensan que, aparte de inaugurar, Felipe VI debería hacer algo más por el mundo de la educación. Otros, incluso, desearían que hubiera procreado un mayor número de hijos para nuestras aulas. Yo difiero de estas opiniones. Creo que su preocupación por la educación es elevada y pienso que su destino personal no tiene por qué transcurrir, obligatoriamente, por los cauces consabidos. Si él y su pareja no estuvieran ya por aumentar su propia prole —la edad no perdona—, también podrían adoptar como hijos legítimos, o acoger en último caso, a varios de esos niños de España y del mundo que necesitan urgentemente una familia.

No, no es mi pretensión abolir o transformar la monarquía española, ni mucho menos quitar mérito al trabajo de príncipe o de rey. Deambular de acá para allá, escuchar rollos que ni te van ni te vienen, soltar el discurso apropiado a cada momento y tener que soportar el saludo de tantísimas autoridades y concurrentes me parecen gajes de un oficio tan agotador como otros. Por lo tanto, no sería de extrañar que a don Felipe le sobreviniera un inoportuno dolor de cabeza en el acto de inaugurar. Y como el elegido fue uno de nuestros institutos de educación secundaria mejor equipados, seguro que habrían podido ofrecerle un analgésico del bien pertrechado botiquín de primeros auxilios. De haber caído en alguna otra escuela, a lo mejor se hubiera encontrado sin remedio a su mal. No todos los centros cuentan con suficientes recursos materiales y humanos en el capítulo sanitario, y bastantes no son capaces de ofrecer solución a los dolores repentinos más frecuentes: el de la menstruación en las chicas y el de cabeza en los profesores.

Para enfrentarse a estos y otros muchos problemas, deberíamos hacer caso a la propuesta de una enfermería escolar para todos los centros educativos. Este es un sentimiento compartido por los profesionales de la educación y del área sanitaria a la vista de cómo

ha ido evolucionando dicha demanda en casi todas las comunidades españolas. Es de suma importancia, como señala el libro blanco *Educación para la salud* —elaborado por el sindicato de enfermería SATSE en 2005—, desarrollar programas específicos de prevención en asuntos como el sida, la nutrición, drogodependencias, embarazos no deseados y otros, así como la atención directa a alumnos accidentados o que requieran cuidados sanitarios especiales. Esta es una petición justa y realista. Las aspiraciones apuntan a la situación adecuada de un enfermero por colegio, como existe en otros países. Es verdad que, desde aquel informe hasta ahora, se ha avanzado en este tema lentamente, pero de forma continuada. Ya hay un cierto número de enfermeros escolares repartidos por distintos centros académicos de la geografía española, aunque todavía no es suficiente, ya que en varias comunidades autónomas se ha optado por dar comienzo a esta iniciativa de forma gradual, con la asignación de enfermeras escolares por centros de salud en barrios, distritos o áreas geográficas cercanas a los colegios e institutos. Este proyecto debe ser aprobado cuanto antes por todos los consejeros y consejeras de Educación y extendido a cada centro escolar sin regatear esfuerzos.

Acabada su inauguración, el entonces príncipe se despidió de ministrables locales y demás autoridades gubernamentales y regresó a su palacio con la sensación de que las normas educativas se cumplían sobradamente. Sin embargo, las pocas horas de estancia y el cordón de seguridad y aislamiento seguramente no le permitieron ver los aspectos más oscuros de nuestra organización escolar, como, por ejemplo: la falta de protección de las instalaciones educativas frente a los gamberros de turno, la provisionalidad de una parte del personal docente, la carencia de plazas para cursar importantes ciclos formativos o carreras universitarias, la escasez de atención educativa especializada en varios niveles de enseñanza, el amplio número de alumnos por aula —sobre todo, en infantil y bachillerato— o la citada amplia ausencia de enfermería escolar. Su majestad el rey, que es persona inteligente, intuye que no es

oro todo lo que reluce. Ya sabemos que no está en su mano dar soluciones. Su labor se desarrolla, entre otras actividades, representando a todos los españoles en las inauguraciones y demás actos oficiales. Y no lo hace mal en este capítulo. Al final, puede ser un buen rey. Ya veremos.

Inaugurar cuantas más escuelas, mejor, fue el último deseo de Nelson Mandela (Sudáfrica, 1918-2013). Mandela fue un buen presidente y todo un héroe que pasó parte de su vida en la cárcel, en una lucha pacífica contra el racismo y a favor de los derechos humanos en su país y en todo el mundo. Ya teniendo una avanzada edad, abandonó toda actividad política y humanitaria y quiso concentrar sus últimos esfuerzos en mejorar la educación en el continente africano. A tal efecto fue creada una fundación que lleva su nombre y, conjuntamente con Unicef (Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia, 1946) lanzaron al mundo en 2004 una campaña denominada «Escuelas para África». Tan solo en África subsahariana 45 millones de niños no van a la escuela. Casi la mitad de las niñas que no están escolarizadas en todo el mundo viven en África. Uno de cada tres niños africanos no tiene una escuela adonde ir, y muchos de los que sí pueden estudiar lo hacen en lugares penosos. ¡Ya está bien que los colegios estén en una casa en ruinas, en un patio, una tienda de campaña o en un solar debajo de un árbol! De hecho, estos siguen siendo los tipos de escuela más frecuentes en muchos lugares de África. La escasez de centros hace que miles de niños tengan que recorrer kilómetros para asistir a pobres escuelas abarrotadas o que ni siquiera puedan acceder a ellas en época de lluvias.

«Escuelas para África» tiene como objetivo financiar la construcción de escuelas sólidas y seguras. Hasta el momento, se han levantado más de 700 centros bien dotados, y a otros muchos se les ha suministrado agua potable, letrinas y otras instalaciones sanitarias. Los fondos también se han destinado a la compra de mobiliario y material escolar, así como a la formación de miles de

profesores. Inicialmente, este proyecto empezó a desarrollarse en seis países: Angola, Malawi, Mozambique, Ruanda, Zimbabwe y Sudáfrica. A partir de 2010, la iniciativa se extendió a otros cinco: Malí, Níger, Burkina Faso, Etiopía y Madagascar. Felizmente, esta campaña cuenta con el apoyo de muchas empresas y personas, desde las más grandes y famosas hasta las más pequeñas y anónimas. Como decía Nelson Mandela: «Juntos podemos contribuir a la formación de las próximas generaciones, de donde salgan los líderes africanos que necesita este continente para su progreso y bienestar».

Rosalía quizá sea una de esas futuras líderes. Su destino ha cambiado gracias a «Escuelas para África». Esta joven angoleña de 13 años perdió a su padre por la malaria y también perdió sus primeros años de enseñanza por la destrucción de su escuela a causa de la guerra. Ahora, tras su reconstrucción, está matriculada en cuarto de primaria. Gracias a sus nuevas instalaciones acude al centro junto a otros dos mil chicos y chicas. También se han mejorado las infraestructuras para que todos ellos puedan asistir a clase, incluso cuando llegan las lluvias. Rosalía va a la escuela cada mañana hasta las 12:30. Después, pasa la tarde cuidando de su extensa familia, cocinando, limpiando y alimentando a sus hermanos pequeños. Cuando ha acabado estas tareas, vende flores para ayudar a la economía familiar. Su hermano mayor, que trabaja picando piedra para hacer carreteras, apenas gana el equivalente a 50 dólares al mes, cantidad insuficiente para mantener a toda la familia. Finalmente, Rosalía se pone a estudiar haciendo los deberes. Quiere ser maestra, aunque lo tiene difícil, ya que ni siquiera puede permitirse el lujo de disponer de libros de texto, por lo que tiene que copiar las lecciones de otros compañeros más afortunados. Un libro de texto cuesta unos 30 dólares, más de la mitad de los ingresos mensuales de su familia. Pero el empeño por sacar adelante sus estudios es más fuerte que las dificultades a las que ella se enfrenta cada día. Rosalía está llamada a

ser una profesora comprometida que ayude a cambiar esa África en la que soñaba Nelson Mandela.

Solo leyendo historias como la anterior podemos aprender a valorar todo lo que tenemos por haber nacido o residir en un país occidental. Aquí gozamos de medios y recursos que nos hacen la vida y la enseñanza más fácil. Raro es que, teniendo, como tenemos, tanta tecnología, no se recurra todavía a una proyección por ordenador para la tradicional lección inaugural. Esta suele ir acompañada posteriormente por una entrega de diplomas y una actuación musical para darle más lustre al acto de apertura del nuevo curso. Generalmente, los encargados de seleccionar al ponente suelen buscarlo entre algún político, deportista o artista famoso que pueda atraer el interés de los asistentes, quienes potencialmente son todos los miembros de la comunidad educativa del centro académico. De no hallarlo fuera, entonces lo buscan dentro, entre los profesores y profesoras del claustro. Aquel año no debían tener a nadie mejor y me lo propusieron a mí. Nunca el tema de la conferencia habían sido los idiomas. Esa fue una de las razones con la que me convencieron.

Así que allí estaba yo a la hora y en el lugar señalado, flanqueado por el director a un lado y la presidenta de la Asociación de Madres y Padres por el otro. El título no podía ser más claro: «El mundo de los idiomas». Me hice acompañar por una intérprete de la lengua de signos, a la que presenté convenientemente y quien iba a traducir simultáneamente mis palabras a dicho idioma. Ella misma se trajo a los alumnos sordos de otros institutos. Tras saludar al público en los trece idiomas que se hablaban en el centro por parte de los alumnos nacionales y extranjeros —matriculados para ese curso—, comencé mi disertación apoyado en una serie de anotaciones que tenía sobre la mesa.

Reproduzco algunas ideas referidas a la introducción, antes de que me sumergiera en la historia de los idiomas y su enseñanza,

desde el momento en que los homínidos acaban de descubrir el fuego hasta el día de hoy:

...un idioma existe porque existe un pueblo, una raza, un paisaje, un clima, una gastronomía o unas costumbres que lo han creado y moldeado durante cientos o miles de años. Un idioma es como una especie animal que ha ido evolucionando durante mucho tiempo hasta conformar su aspecto actual. Aunque unas sean más usadas que otras, todas las lenguas son igualmente valiosas si se las considera como la representación oral y escrita de la cultura de una sociedad, de un grupo humano. Cada vez que se extingue un idioma perdemos parte de nosotros mismos como habitantes del planeta que somos. Hay muchas lenguas y culturas en peligro de extinción. Se calcula que cada año desaparecen unas 20. En nuestro mundo actual, la globalización absorbe a los miembros más jóvenes de pueblos lejanos y apartados, que olvidan la forma de vida y comunicación de sus mayores. Sin embargo, y por fortuna, no solo desaparecen algunas lenguas, sino también se crean o legalizan otras nuevas. Por fin, tras muchas peticiones, el Gobierno de España aprobó la lengua de signos (2007) como una lengua oficial más del Estado. Con esta incorporación se abre un mundo de posibilidades que ya venían dándose entre las personas sordas, sordomudas y sordociegas. Estas tendrán derecho por ley a la asistencia comunicativa en diversas situaciones sociales. En el área educativa, en concreto, dispondrán de intérpretes para que puedan seguir sus actividades lectivas con normalidad. Por lo tanto, en el futuro va a haber muchas oportunidades de empleo en este sector. He aquí una opción laboral interesante para los jóvenes estudiantes y profesores que quieran aprender una lengua no demasiado complicada —como se puede ver— y que suele reportar muchas satisfacciones personales. Yo siempre he dicho a

mis alumnos que existen cuatro fuentes de trabajo asequible: una es la que genera la discapacidad; otra, la inmigración; también el turismo, y, por último, la tercera edad, que tanto viaja hoy en día. Las cuatro están relacionadas, de una forma u otra, con el aprendizaje de idiomas.

Aprender idiomas es básico para encontrar un buen trabajo en el mundo actual. Pero el primer interés que debe movernos a quienes enseñamos y aprendemos idiomas debe ser el de la fraternidad. Un idioma nos ayuda a relacionarnos con los demás, a establecer lazos de amistad, a acercarnos a otras sociedades y culturas, a ensanchar nuestra mente, a reconocer que no estamos solos en la Tierra. En definitiva, a amar la diversidad humana en la que nos movemos en esta época, en donde las distancias entre los seres humanos se han acortado enormemente gracias a los fabulosos medios de transporte, las nuevas tecnologías de la comunicación y la composición multicultural de nuestras sociedades...

Este fue quizá uno de los mejores inicios de curso que he vivido. Disfrutar de la atención y el silencio de los asistentes ante mis palabras fue algo a lo que ya no estaba muy acostumbrado en mis clases. En cambio, la peor inauguración del curso que llegué a sentir desde la distancia fue el acontecido en septiembre de 2004, en la escuela municipal n.º 1 de Beslán (Osetia del Norte, Rusia); sin duda, la mayor tragedia provocada por el hombre en toda la historia de la enseñanza. Los tres días de pánico vividos allí por más de mil personas fueron inimaginables. Había alumnos, docentes, padres y madres que habían traído consigo a sus bebés al ser este también un acto de confraternización entre familia y escuela. Al igual que en España, se intenta que la inauguración del año escolar sea lo más vistosa y concurrida posible. Se pretende ilusionar e implicar a toda la comunidad educativa en el nuevo proyecto formativo que va a tener lugar. Los terroristas chechenos e ingusetios sabían todas estas circunstancias y habían preparado el ataque con

antelación. Parte de las armas y explosivos podrían haber sido introducidos durante el verano, aprovechando la falta de vigilancia escolar. Una falta de vigilancia y seguridad que vivía este país en términos generales desde la desaparición de la Unión Soviética y que las autoridades reconocieron en su comunicado a la nación, una vez conocidos los datos del terrible suceso: 334 muertos, 186 de ellos, niños, y 783 heridos.

Al recorrer virtualmente por la pantalla de televisión todas las dependencias medio destruidas de este centro, me acerqué a la desesperación de sus últimos moradores y conocí la valentía de conserjes, profesores y padres a través de la ropa allí abandonada, a sabiendas de cuál sería el luctuoso final del secuestro si no actuaban a tiempo. Vaya mi respeto y admiración para todos los que murieron realizando su trabajo de enseñanza y protección a esta infancia masacrada. Esta monstruosidad debe constituir un punto de inflexión desde el que exigir algo más que intervenciones militares de Gobiernos que gasean y disparan indiscriminadamente a las víctimas y sus verdugos.

Yo siempre he lanzado a mis estudiantes un mensaje esperanzador de que es posible un mundo mejor. Pero reconozco que, a veces, lo he hecho por mero deber profesional y con escaso convencimiento personal. Porque ¿de qué sirve que millones de padres y maestros de todo el planeta enseñen a respetar la verdad, la legalidad, los derechos humanos...? Este trabajo sirve de bien poco mientras haya líderes de distinto signo político, nacional o religioso empeñados en optar por la violencia como solución a los conflictos; a sabiendas de que esta estrategia —como señala la historia— genera más violencia, limita la libertad y el bienestar de unos, a la vez que aumenta la frustración y el enajenamiento en los otros.

El anhelo por un mundo sin violencia ha de llegar a cada pupitre. Igual que debe ocurrir con las pacíficas energías renovables. Este fue el centro de atención en la inauguración del nuevo curso en dos colegios públicos pioneros: el Gloria Fuertes de El Palmar

(Murcia) y el San José de la Montaña de Sangonera la Seca (Murcia). Hasta allí se desplazaron representantes de las consejerías de Industria y Medioambiente más Ciencia y Energía, para entregar a varios de sus alumnos unos galardones muy especiales. Los jovencitos fueron distinguidos por su labor en la preservación del entorno natural gracias a las medidas de ahorro de energía que llevaron a cabo durante el curso anterior. El premio consistió en la instalación de placas solares y una central fotovoltaica en sus propios centros. La energía producida sería vendida a Iberdrola para pagar el consumo del colegio y financiar sus proyectos pedagógicos del nuevo curso. Excursiones e informática fueron las actividades elegidas por estos pequeños estudiantes que nos han dado toda una lección de la que sentirnos orgullosos y felices.

Tan necesario es despertar el interés y aprecio por las energías renovables como concienciar a los estudiantes en el ahorro de la energía existente. Todos tenemos bastante que enseñar y aprender sobre el despilfarro energético. Hay que construir más edificios ecológicos e inteligentes que aprovechen mejor el agua y la luz natural e incorporen automatismos de desconexión, ante la indiferencia o descuido de quienes no recibieron ninguna educación medioambiental en su época escolar.

Al revisar este tema en el año 2019, encontré no dos, sino bastantes más centros de educación, ahorro y producción de energía repartidos por toda España. De tal manera que las marinas, eólicas y soleadas comunidades autónomas, con sus escuelas al frente, lleguen a ser —cuanto antes— un referente educativo para toda la población no solo en el uso del agua, sino en la concienciación y el desarrollo de las energías limpias y renovables. Un tema clave que bien puede ser elegido para tratar en cualquier lección inaugural de un nuevo curso.

